

gracias en su nombre, hermanos míos, sangre de mi sangre, bendito suspiro y esperanza nuestra! ; Vive el cielo que habrá de llegar aquel día bendecido y suspirado! (1)

(1) El autor debe aludir sin duda á la ciudad de Trieste.



DISCURSO Á LOS ESTUDIANTES

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO



A VOSOTROS, (*) estudiantes, á los ilustres invitados que se encuentran entre vosotros, pido perdón por no haber sido bastante modesto para rechazar el inmerecido honor que se me hizo, negándome á inaugurar este Círculo con un breve discurso.

Pero sírvame de excusa lo que en vuestra invitación había: una cierta significación que acariciaba irresistiblemente aquel singular

(*) Los estudiantes de la Universidad constituyeron no ha mucho un Círculo, y rogaron á Edmundo De Amicis que pronunciase el discurso inaugural. El eminente escritor, que en varias ocasiones demostró que al propio tiempo es un orador, así como había probado ser un poeta, se prestó gustoso á dirigir la palabra á los alumnos del renombrado Centro. Sus palabras constituyen un pequeño poema, lleno de pasión, de fantasía y de elocuencia, cuya lectura estamos seguros que interesará y conmoverá á los lectores españoles.

amor propio suspicaz, que se produce cuando comienza á blanquear la cabeza; vuestra invitación, quería decir que, á pesar de la desigualdad de los años, no me creéis todavía tan lejano de vosotros por el calor de los afectos y por la fe en los bellos ideales de la juventud, que no pueda ser fiel intérprete del pensamiento y el ánimo de una Asamblea de estudiantes. Y no supe vencer la tentación de mostrar públicamente el testimonio de juventud del espíritu, con cuyo título me honrásteis.

Otra razón me impulsó también: dos sencillas palabras que leí en el segundo artículo de vuestros estatutos.

Cuando en los tiempos que corren, inmenso tropel de furiosos perseguidores de la fortuna trata de extender las leyes biológicas de la lucha por la existencia, desde los reinos inferiores de la naturaleza hasta la sociedad humana, con objeto de deducir de ellas el pretexto para desprenderse de todo elevado deber de generosidad y nobleza, es consolador este vuestro intento; con el cual renegais formalmente por vuestra parte de la primera y más dura de aquellas leyes que se denomina el egoísmo; intento con el cual procurais atender y realizar entre vosotros

mismos uno de los más atrevidos conceptos de los apóstoles de la justicia y de la igualdad absoluta: el derecho de todos á proporcionarse los medios de vida, mediante la cultura y con el ejercicio de las propias y más altas facultades, en el campo á que la natura las destinó. *Socorro mutuo* es la expresión con que habeis significado delicadamente vuestro fin: yo lo saludo como la gentil enseña de vuestra casa.

Pero aun sin esto, aunque vuestra Asociación no hubiese tenido otro objeto que el de una reunión genial, yo la habria aplaudido y habria siempre tenido á honor el aceptar vuestra cortés invitación por varios motivos. ¿Sabeis cuáles? Pues porque el curso afortunado de muchas de las ideas más fecundas de los últimos tiempos; la formación del primer haz de defensores de muchas causas privilegiadas, convertido en el trascurso de los días en muchedumbres victoriosas; la autoridad y la fuerza de muchos hombres predestinados á grandes obras, tuvieron principio, bien lo sabeis, en reuniones habituales de la juventud dedicada á los estudios. Porque si cada uno de nosotros busca allá en su mente dónde se abrieron primero ante su pensamiento ciertos horizontes; dónde cayen

ron ciertas arrogancias peligrosas de su orgullo; dónde se aprendieron el respeto al pensamiento ajeno, la sabia desconfianza del juicio propio, el noble ejercicio del ingenio en la crítica, halla el comienzo de todo esto en el periodo de sus ardientes discusiones con los compañeros de veinte años; porque, en fin, el entrecruzamiento y compenetración de los diversos órdenes de la cultura, la acción recíproca de la virtualidad opuesta de los caracteres; la educación de las facultades ágiles y batalladoras de la inteligencia; el conocimiento de los hombres, que es guía práctica y escolta amparadora de las demás facultades; la generación espontánea de las amistades que duran luego cuanto dura la vida, como estrechadas por lazo indisoluble de recuerdos sin amargura, nada de esto es casi posible sin vuestras reuniones y fuera de vuestra edad: años que colocan en vuestras controversias un ardor, una franqueza, una fe en la fecundidad de la lucha, que con el tiempo se amengua, si es que no desaparece del todo.

Sea, pues, hasta por esto felizmente inaugurado vuestro Círculo. Haced chocar, como dice el poeta, vuestros pensamientos por el lado sonoro, para que resuenen; discutid, dis-

putad, pelead, recorred por todos los ámbitos vuestro indeterminado campo en busca de aventuras y de peligros para el espíritu; afrontad audazmente todos los problemas con esta envidiable facultad de relampagueo de la inteligencia, por la cual se os aparece de improviso lo que encuentra á fuerza de afanes la experiencia y la meditación; haced flamear y retumbar sin reposo la gran fragua de las pasiones y de las ideas, y bien venidos sean vuestros debates, aun los más tempestuosos, aun aquellos que os encolericen y os agrien, si han de ser seguidos por los arranques generosos, con los cuales los caballeros de la idea se alargan la mano después de los duelos de la palabra, reconociendo que á los ojos luminosos de la Ciencia y del Arte no debe subir el humo impuro de nuestros rencores. (*Estrepitosos aplausos.*)

Pero, perdonadme, si me he separado un tanto del propósito de mi discurso: tendencia de quien habla á personas cuyo bien desea ardientemente. Y de esto no dudais, estoy seguro. No dais crédito á lo que dice un gran poeta melancólico: que el espectáculo de la juventud es odioso á los hombres maduros. No, no es verdad para la madurez que trabaja y piensa. Puede también

un hombre de corazón é inteligencia sentir en medio de vosotros aquella sombra de tristeza que suele producirnos la contemplación de un retrato nuestro de veinte años atrás, el cual nos recuerda afectos muertos é ilusiones perdidas. Pero de este ligero sentimiento de amargura se liberta prontamente nuestro pensamiento, cuando la juventud que se tiene delante es aquella que se asienta en la más alta Escuela de la nación, aquella á la cual está confiado en el porvenir el honor intelectual de un pueblo. Del lamento de nuestro pasado, nosotros nos volvemos entonces hacia la admiración del vuestro, ¡oh estudiantes! Porque esto nos toca en lo más vivo del ánimo: que en la clase á que pertenecéis sea igualado el esplendor de las esperanzas con el de las tradiciones; que á lo largo de todo el camino de nuestra historia nueva, desde la primera germinación obscura de la idea nacional hasta los postreros tiempos dorados por el sol, se encuentren mil nombres de vuestras familias; que no se haya dado de setenta años á esta parte un momento triste, difícil ó solemne, en el cual la patria no haya oído la gran voz sonora de vuestras legiones expresar antes que ella sus entusiasmos más nobles y sus

resoluciones más audaces.* (*Nueva explosión de aplausos prolongados. ¡Viva De Amicis!*)

Esos recuerdos nos despierta vuestra presencia. Habeis consolado con vuestra galana admiración los últimos años trabajados de los grandes ancianos; habeis vengado con el grito juvenil memorables injusticias; habeis sacudido culpables inercias á clases ciudadanas demasiado medrosas de todo; habeis ofrecido cabezas heroicas á los patibulos, pechos de hierro á las barricadas, regueros de sangre ardiente entre el Tessino y el Adige, sobre los montes de Sicilia y sobre los muros de Roma. ¡Y la alegría infinita que encontramos en estos recuerdos, viene en gran parte desde la profunda, inconcusa, soberbia certidumbre, de que si la historia se empezase de nuevo, ella no tendria por vuestra causa, ni un dolor más ni una gloria menos! (*Aclamaciones, aplausos prolongadísimos.*)

Mas hay aún otra razón todavía más poderosa de nuestro afecto hacia vosotros.

Cuando nosotros nos detenemos descorazonados ante las múltiples y atropelladas dificultades, contra las cuales en el campo de la especulación y de la acción se estrella la generación á que pertenezco y la que me

precede, recurrimos con la mente á la juventud universitaria, como en una grande guerra dudosa, el ejército de vanguardia vuelve el pensamiento al segundo ejército que se ordena y adiestra en los campos, esperando su hora. Y con inmensa confortación nos figuramos nuevas formas del arte, más alta sabiduría de la ley, nuevas enfermedades vencidas, nuevos y maravillosos cooperadores de los brazos humanos, y alguna idea espléndida y sencilla, hoy todavía velada, que conspira para dar solución á aquel enorme problema social que nos atormenta la razón y nos tiene el alma en anhelo; y como los contornos inciertos de una hermosa tierra lejana, vemos las líneas prominentes de una sociedad más justa, más fraternal, más feliz que la nuestra: que, en el fondo es el más sagrado voto de todos.

Ahí, en medio de vosotros, todo esto se anida, despunta, se bosqueja, hierve—sois vosotros el porvenir en que tenemos puesta nuestra fe,—las esperanzas que nos ayudan á vivir con vuestras ambiciones—y la luz más viva que anima nuestro ocaso es aquella que os circunda y que irradia á nuestra espalda la aurora de vuestra juventud. (*Fragorosos aplausos interrumpen al orador.*)

Y entonces ¡cuánto os amamos! Entonces, aquel sentimiento de orgullo cerrado que mantiene, poco ó mucho, cada generación madura, se arranca como escoria vil de nuestro ánimo; entonces, no comprendemos por qué, cada uno de nosotros no ha de desear como una fortuna que vosotros paseis sobre nuestros cuerpos para subir un escalón más alto en la escala del arte y de la ciencia: entonces, bendecimos vuestros estudios, vuestras alegrías, vuestras irrupciones con un entusiasmo en el cual se halla todavía toda la frescura de vuestra edad, con un afecto del que no puedo presentaros otra imagen que la del abrazo paternal. (*Aplausos.*)

Sí, os amamos como al porvenir vivo y personificado. Seguimos vuestros pasos con el sentimiento de curiosidad pensativa, con la cual se mira á quien parte para un país desconocido y admirable, como si tuviese ya sobre su persona un reflejo de las maravillas hacia las que se dirige. Y, con efecto; quién puede decir qué cosa va á ser en el futuro, esta mole deforme de la sociedad presente cuya cima fulgura y cuyo fundamento vacila; qué va á nacer de las condiciones actuales del viejo mundo, arrinconado en la sombra, en medio de los opuestos crepúsculos de los

astros que se hundieron en sus occidentes y de aquellos que aún no surgieron á su orto todavía, combatidos del flujo y reflujo de muchedumbres irritadas, cuya cólera crece á medida de su propia cultura y aplastadas con el peso de inmensos ejércitos destinados á conflictos que aniquilan la imaginación, y á los cuales rechaza la razón y el corazón de los pueblos cada día con signos más amenazadores... No, ni nosotros lo sabemos ni hay ciencia que lo pueda prever.

Lo cierto es que el mundo se prepara con vastos y lentos esfuerzos á una profunda mutación, y que en la edad que se abre, tendreis que luchar como ciudadanos y como hombres, con dificultades distintas en gran parte de aquellas que nos contrastaron y contrastan á nosotros; que otras virtudes se os presentarán; que otros sacrificios os serán pedidos, á los cuales no fuimos llamados. Pero al encuentro de todo ireis con ánimo esforzado, confortados, no solamente por la fe en la victoria última de la justicia y del bien, si que á la vez, animados por este pensamiento, á saber: que por maravillosas que sean las novedades que percibáis á vuestro alrededor, no serán menores las que surgirán dentro de vosotros mismos, no

tanto por efecto natural del tiempo, cuanto por virtud del cambio de las cosas exteriores. Filigranas improvisadas y estupendas de facultades latentes fecundadas por nuevas pasiones, nacidas á su vez de inesperados acontecimientos, súbitas revueltas y carreras conquistadoras del ingenio por vías, no sólo no buscadas, sino aún ignoradas hasta poco antes; fuerzas imprevistas del ánimo, suscitadas por peligros y dolores comunes y apasionadas consagraciones de todas las potencias de la inteligencia y de la voluntad hacia órdenes de ideas, á las cuales, por espacio de veinte años no se había jamás asomado la mente, sino para combatirlas ó escarnecerlas: todo esto sobrevendrá para vosotros, y tanto cambiarán algunos, que buscándose á ellos mismos allá en el arsenal de las memorias de los días presentes, se asombrarán de la propia antigua imagen. Todo esto sucederá, y acaso entre aquellos que me escuchan existan ya novios inconscientes de la Nueva Era, campeones afortunados de ideas benéficas, víctimas ilustres ú obscuras, pero igualmente nobles de las grandes pasiones, frentes que se alzarán sobre las otras como enseñas, nombres que serán amados y bendecidos. Nosotros saludamos con reve

rencia en vosotros á este cúmulo de promesas, de predestinaciones, de misterios; y si algo nos turba al daros el grito de los *vivas* al partir, es el temor de no haber trabajado bastante, pensado bastante, sufrido bastante para allanaros el camino sobre el cual os lanzais, la vía en que os acompañaremos al menos con el alma, hasta que desaparezcais en el horizonte. (*Extraordinarios aplausos.*)

Y ahora ¿qué más os podré decir?

Acabada esta bella sesión, quedareis solos en vuestras alegres reuniones; pero nosotros, en medio de las fatigas y de los cuidados cotidianos, volveremos con frecuencia la mente á las pocas horas de juventud que nos habeis hecho vivir en esta noche, entre estas paredes donde también os vendrá á encontrar el deseo de tantos que desde lejos os aman, donde vendrán á apretaros la mano colegas de otras provincias y de otros pueblos, donde tanta alegría, tanta vida, tanta primavera de pensamiento y de afectos, promete dar flores y frutos en el porvenir. ¡Que tenga, pues, larga existencia vuestro Círculo! Y que no sea solamente el lugar donde se cimenten las buenas amistades; sea al propio tiempo el sitio donde vencidós por la fuerza de la cordialidad al prójimo, se recon-

cilien los enemigos, donde los celos del ingenio se limen la punta, donde las opiniones de los partidos contrarios se cambien mutuamente el homenaje de la cortesía, de modo que pueda decir:—Émulos en los estudios, rivales en la vida, desligados de todo vínculo en la política; pero aquí, somos hermanos. ¡Eso deseo y auguro á vuestro Círculo! Á vosotros, vanguardia intelectual de vuestra generación, á los que vencerán en la batalla de la vida, á los vencidos, á los que caigan, á los que, acribillados de heridas, seguirán combatiendo mientras alienten, á todos vosotros, sangre nueva y generosa de la patria, hijos predilectos de nuestro pensamiento y esperanzas sagradas de nuestro corazón, ¡salud, fortuna, gloria! (*Prolongadísimos aplausos.*)

